

que me recuerdan a aquella época en la que la gente era muy bruta y además no les importaba y ahora esa misma actitud se encuentra cada vez con más frecuencia. Es un poco deprimente el grado de ignorancia que se ha llegado a tener. Y en cuanto al envilecimiento no hay más que mirar los casos de corrupción que van apareciendo y eso que es sólo la punta del iceberg pero uno tiene la sensación de que es un envilecimiento general y que hay una buena parte de la población a la que los destrozos urbanísticos les parecen bien porque ellos también sacan su provecho.

—Sin embargo, hasta alguien tan poco nacionalista como Jacobo Deza, se indigna cuando ve a un extranjero hablar mal de España y los españoles, reconoce que «nunca nos libramos del patriotismo enteramente». ¿Le ocurre algo parecido?

—Eso lo dice con preocupación. Yo en ese sentido también soy así porque a todos mis personajes les meto algo mío, y claro que suscribo algunas cosas del narrador, aunque no todas. En ese caso sí, yo soy nada patriotero y posiblemente poco patriota en el sentido en que se usa la palabra normalmente. Pero es verdad que de pronto sucede que, incluso siendo poco patriota, te ha molestado si un extranjero ha dicho algo. Es normal, supongo que asimilable a lo que sucede con la propia familia: uno puede echar pestes de su madre y ponerla verde, pero si viene otro y te lo dice, respondes: «perdona, eso lo puedo decir yo, pero tú no». No tiene mucho sentido y por eso es preocupante, porque no se pueden conciliar las dos cosas. Pero sucede.

—Esa visión tan crítica de España y de Madrid, a la que tantas veces ha calificado de «invivible» ¿no le lleva a pensar en irse de nuevo a vivir al extranjero ahora que ya no debe estar cerca de su padre?

—Puede que me vaya, no he tenido mucho tiempo para pensarlo, pero igual ahora ya sí quizá me vaya, aunque no del todo, porque al fin y al cabo Madrid es la ciudad en la que nací y en la que más he vivido, donde están la mayor parte de mis amistades. Y hay cosas de la ciudad que también me gustan a pesar de que son cada vez menos.

«A muchos ciudadanos los destrozos urbanísticos les parecen bien porque sacan su propio provecho de ellos»

—¿Con qué se queda?

—Me gustan algunas calles como el Paseo del Prado, que ya van a destruir por cierto, porque ya les queda poco por destruir; me gusta incluso alguna característica de Madrid que no se ha perdido del todo, como que la gente es bastante desprendida aquí y no le da demasiada importancia al dinero en la vida cotidiana. Pero bueno, es posible que sí me vaya aunque no sé adónde porque el mundo se está poniendo muy antipático y ya no quedan lugares donde irse. Es uno de los problemas de la globalización en los que nadie cae. Todo se uniformiza. Yo recuerdo que cuando en época de Franco uno pensaba que siempre podría exiliarse, se pensaba en Francia, porque era un sitio que tradicionalmente acogía refugiados, pero es que ahora ya los países cercanos están por el estilo.

—*La ficción se añade a la realidad también en Veneno, sombra y adiós. Durante la escritura de este tercer volumen fallecieron dos personas fundamentales para usted a los que había convertido en personajes de la novela: desaparecieron de la vida pero le siguieron acompañando en la ficción ¿De qué manera le afectó en la escritura?*

—A la novela no sé si le afectó, espero que no, porque cuando estás escribiendo una novela creo que si al autor le está pasando algo difícil o doloroso no es bueno que eso se trasluzca o pase a la novela. Cuando uno está muy mal pues no escribe y si escribes es porque ya puedes hacerlo.

—¿Era para usted un consuelo el que esos dos personajes tan queridos siguieran vivos dentro de la novela?

—Sí, en parte era un consuelo y lo noté sobre todo cuando acabé el libro, porque entonces tuve la sensación de que las dos personas de la vida real en las cuales se inspiraban esos dos personajes habían muerto del todo. Tuve casi una sensación de mayor finitud de esas personas que cuando murieron en la vida real, porque en cierto sentido los había hecho hablar todavía, había hecho estar presentes a dos personajes muy parecidos a ellos, podía darles nuevas palabras, nuevas escenas en su vida equiparables a las que podían haber tenido conmigo mismo. Y

«El problema de la globalización es que todo se uniformiza. Ahora todos los países serán por el estilo»

en cierto sentido, con ese elemento vívido que tienen las novelas para quien las lee, pero también incluso para quien las escribe, realmente tenía la sensación de que aún no estaban muertos del todo. Al mismo tiempo es verdad que escribir esas partes en las cuales los personajes correspondientes a mi padre y a Sir Peter Russell aparecen y hablan, en cierto sentido me costaba mucho. Y dada mi forma de escribir, sin un plan predeterminado, con brújula y no con mapa, y que voy averiguando la novela a medida que la escribo, pues también me he dado cuenta de que uno de los azares por ejemplo de esta novela es que si mi padre y Sir Peter Russell hubieran vivido un poco más a pesar de que fueran muy mayores, no sé si me habría atrevido a hacerlos morir en la ficción y es posible que entonces no hubieran muerto en la novela.

—¿Le gusta dejar actuar libremente al azar en sus novelas?

—Sí, mis novelas dependen mucho del azar. Por poner un ejemplo, cuando aparecen en una escena los cuadros de la Condesa de Sansegundo y sus hijos, y luego el de su marido el Conde, que están en el Museo del Prado, habrá muchos lectores o críticos que estarán convencidos de que son cuadros elegidos muy a conciencia para establecer una serie de paralelismos y vínculos con la propia historia de la novela. Pero no. Llegó un momento en que tuve que escribir esa escena del personaje que debía estar tomando esbozos frente a algún cuadro, y cuando me tocó escribir esa parte estaba en Soria, donde me voy a veces para escribir con más tranquilidad. Y allí no tenía el catálogo de pinturas del Prado, ni tengo ordenador y como no utilizo internet, tampoco lo podía consultar. Así que me fui a las dos o tres librerías de esa pequeña ciudad a ver si tenían algo y encontré un pequeño librito de obras maestras del Prado y allí encontré el de la Condesa que ni siquiera recordaba y empecé a escribir esa escena. A los pocos días volví a Madrid, fui al Prado y sólo entonces me di cuenta de que al otro lado, separado por una puerta estaba el cuadro del Conde. Así que es puro azar. Pero se trata de conseguir que lo que es azaroso luego se convierta en necesario. Mis novelas están llenas de cosas que parecen deliberadísimas y pensadísimas y no siempre lo son.

«Escribo sin plan, con brújula y no con mapa, averiguando la novela a medida que la escribo»

–En este último tomo se vuelve a contar la historia de su padre, denunciado y represaliado tras la guerra civil, y se dan los nombres de sus acusadores. En el reciente debate sobre la Ley de Memoria Histórica se ha discutido si había que hacer públicos los nombres de los verdugos, ejecutores y demás. ¿Usted qué opina?

–Pues es una de esas cuestiones sobre las que no tengo una idea muy clara, es decir, que tengo ideas contradictorias. Lo cual, dicho sea de paso, en España es muy raro, porque aquí la gente nunca admite tener las cosas poco claras. Es una cosa asombrosa el que todo el mundo siempre se define y se decanta pase lo que pase, por muy difícil que sea dilucidar el asunto. Y este es uno de esos casos en los que yo no tengo muy claras las cosas. Por un lado sí, creo que un acierto sin duda de la transición fue esa especie de amnistía que se llevó a cabo y que nadie empezase a sacarse trapos sucios y reproches y sobre todo que no se enjuiciase a nadie. Creo que, aunque habrán muerto ya la mayoría de las personas que tomaran parte en hechos horribles de la guerra civil, aunque vivieran, no sería ahora cuestión de llevarlos a juicio, me parecería un absurdo. Ahora, una cosa es que no se castigue a la gente y otra es que no se sepa lo que pasó. Sí creo que se tiene derecho a saber lo que ocurrió o quién se comportó de una manera y quién de otra. Y hace ya mucho tiempo, cuando nadie aún estaba por las labores de lo que llaman ahora memoria histórica, escribí un artículo muy irritado sobre escritores que habían colaborado abiertamente con el régimen franquista y han sido artículos que me han traído grandes problemas más de una vez. A ellos nadie les pidió cuentas, y si se hubieran limitado a darse con un canto en los dientes dado que nadie les iba a afear lo que hicieron o el puesto que tuvieron... pero es que tampoco pasó eso, sino que muchos de ellos aprovecharon esa especie de olvido acordado general para entonces inventarse un pasado antifranquista por ejemplo. Y eso ya me parece indignante, una tomadura de pelo. Alguno de ellos, que incluso había redactado aquellos manuales de formación del espíritu nacional, hablaba

«En España la gente nunca admite tener las cosas poco claras, todo el mundo se define y se decanta»